

Antonio Garnica

# Cuatro lecciones sobre Blanco White

Casi coincidiendo con el 150 aniversario de la muerte, el 20 de mayo de 1841, en Greenbank House, Liverpool, del escritor heterodoxo José María Blanco White, el profesor Antonio Garnica, catedrático de Filología Inglesa de la Universidad de Sevilla, editor y traductor de varias obras de este escritor sevillano que murió en el exilio, impartió en la Fundación Juan March, entre los días 2 y 11 de abril, un curso titulado «Cuatro lecciones sobre Blanco White». El 2 de abril se ocupó de la «Biografía de Blanco White»; el 4 de abril, de «Sevilla y Blanco White»; el 9 de abril, de «Blanco White y la Religión»; y el 11 de abril, de «Blanco White, liberal y romántico».

Hay todavía —comenzó justificando el ciclo el profesor Gamica— muchos aspectos de la vida y de la obra de Blanco que conocemos imperfectamente o que no han sido suficientemente analizados, tal vez, como decía Octavio Paz, más por la típica desidia hispana que por el limbo al que lo arrojó Menéndez y Pelayo. El simple hecho de haber pasado la mitad de su vida en Inglaterra —y que consecuentemente sus obras más importantes estén todavía en inglés—, y el triste destino inicial de su generación al comienzo del siglo XIX —la primera de varias «generaciones perdidas» en nuestro país—, puede explicar en parte esta dificultad de acceso.»

## Biografía

Es ya un lugar común afirmar que fue Menéndez y Pelayo quien borró a Blanco de los anales patrios y lo arrojó al infierno o al limbo de los escritores malditos. Sin embargo, también hay que decir que la monografía sobre Blanco que ocupa casi todo el capítulo IV del Libro VII de su *Historia de los Heterodoxos* (1880-81) es no sólo un juicio sumarisimo y con-

denatorio, además de apriorístico, de toda la vida y obra del heterodoxo sevillano, sino también el primer estudio documentado, aunque incompleto en cuanto a la etapa inglesa, que se escribe en nuestro país sobre él.

A pesar de su rechazo final creo que don Marcelino siente una oculta admiración por Blanco, que no puede ocultar del todo. Por ejemplo, su análisis de las *Cartas de España*, «con tal que prescindamos del furor antiespañol y anticatólico», como dice, es absolutamente laudatorio. Pero el hecho es que con la monografía de don Marcelino comienza la *leyenda negra* del antiespañolismo de Blanco, que se convierte en escritor maldito, mal español y heterodoxo radical, entendido como conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno. El primer intento para acabar con esta leyenda negra es la publicación en 1920 de la biografía de Blanco escrita por Mario Méndez Bejarano. Aunque el libro de Méndez supuso una seria vindicación académica, no fue capaz de vencer la inercia de la leyenda negra iniciada por Menéndez Pelayo.

De 1920 tenemos que saltar hasta 1954, fecha de la publicación en México de *Liberales y románticos*, de Vicente Lloréns, la primera valora-

ción positiva de toda una generación de heterodoxos políticos, en la cual se incluye a Blanco. A pesar de que hasta 1968 no se publica en España la segunda edición, *Liberales y románticos* tuvo un gran impacto en los ambientes universitarios españoles, y anuncia ya con fuerza el comienzo de la recuperación de Blanco. De mí puedo decir que fue en *Liberales y románticos* donde pude leer por primera vez el nombre de Blanco y donde recibí el primer impulso para trabajar en *Letters from Spain*.

1972 es decisivo para la «recuperación» de Blanco, por el impacto que tuvieron en el gran público dos obras que aparecen casi simultáneamente. En Buenos Aires, Juan Goytisolo publica la *Obra Inglesa de Blanco White*, precedida de una presentación crítica de la personalidad de Blanco que causó gran impacto al poner de relieve la actualidad de la heterodoxia del escritor sevillano y su carácter paradigmático para la vida de muchos españoles contemporáneos. En Madrid aparece la traducción española de *Letters from Spain*, tal vez la obra más representativa de nuestro escritor, preparada por mí, con una introducción de Vicente Lloréns, y con quien tuve la satisfacción de trabajar desde 1969 hasta su muerte, el 15 de junio de 1979. En este año de 1972, el año que yo insistiría en calificar como el del comienzo de la recuperación pública de Blanco, se dio también la coincidencia de cumplirse 150 años de la primera publicación de las *Cartas* en forma de libro. Por tanto, siglo y medio, *ages*, como ya preveía Blanco, tuvo que pasar para que su libro sobre España pudiera leerse libremente en nuestro país y en nuestra lengua, y en general para que el gran público empezara a conocer algo de su vida y de sus obras.

A pesar del abundante material autobiográfico que dejó Blanco, la reconstrucción de su biografía no es fácil. La primera dificultad con que se tropieza es la de interpretar objetivamente los datos que aporta y darles la

valoración adecuada. La primera en el tiempo y ciertamente la más sincera, objetiva e interesante de todas las relaciones autobiográficas es la llamada *Examination of Blanco by White concerning his religious notions and other subjects connected with them*, escrita en Londres desde finales de 1818 hasta el año siguiente, hasta ahora inédita, pero de la que próximamente haré su edición española, junto con los otros escritos autobiográficos menores. El segundo relato autobiográfico es la narración de la vida del clérigo español, incluida en la tercera de las *Cartas de España*, escrita en 1821. Es literalmente el más bellamente escrito, escrito por un White muy inglés, muy sinceramente inglés.

Tres son los grandes temas alrededor de los cuales gira la atormentada vida y la obra de Blanco: la religión, la política y la literatura. La vida de Blanco fue una vida atormentada, como si Blanco no hubiera nacido para ser feliz, como bien lo describió su amigo Alberto Lista. Blanco nunca quiso resignarse a que las cosas fueran como eran. Era un hombre incapaz de manifestar externamente una conformidad, aunque fuera puramente superficial, con ideas y con formas de vida, que él rechazaba en su interior y que no permitiera vivir en libertad.

### *Sevilla y Blanco White*

Sevilla es la gran protagonista de su mejor obra: *Letters from Spain*. Lo mismo sucede con respecto a su larga novela anticlerical *Vargas*, que, aunque tenga por subtítulo *A Tale of Spain*, más bien es una narración sevillana situada en el siglo XVI. Tanto *Letters* como *Vargas* fueron escritos en inglés, pero Sevilla es también el tema exclusivo de su mejor narración corta, esta vez tanto escrita en inglés como en español, *El Alcázar de Sevilla*, publicada en el *No me olvides*, de 1825, del liberal gaditano José Joaquín de Mora, en su versión española,



**Antonio Garnica** (Minas de Riotinto, Huelva, 1931) es licenciado en Teología por la Universidad de Comillas y licenciado y doctor en Filosofía y Letras, sección de Filología Moderna, por la Universidad de Sevilla, de la que es en la actualidad catedrático de Filología Inglesa y director del Departamento de Lengua Inglesa. Entre otros libros y artículos especializados, es editor y traductor de *Cartas de España*, de Blanco White, y *Autobiografía de Blanco White*.

y la versión inglesa, en el equivalente inglés del mismo año de Ackermann, *Forget Me Not*.

La presencia de Sevilla en la obra escrita de Blanco no es de ninguna manera sorprendente si tenemos en cuenta que casi la mitad de los sesenta y cinco años de su vida, treinta para ser exactos, los pasó ininterrumpidamente en su ciudad natal. Sevilla fue además la ciudad de sus amores y también de sus amarguras, la ciudad de sus raíces y de su formación intelectual. En Sevilla se genera todo el drama de su heterodoxia. Es ya casi un lugar común el paralelismo existencial entre Blanco White y otro ilustre poeta sevillano, Luis Cernuda,

que también sufre la amargura de la ambivalencia de la ciudad.

Las *Cartas de España* son una inapreciable fuente de información y una descripción de primera mano de la Sevilla que vivió Blanco White, y de hecho, la publicación de su traducción española en 1972 provocó la aparición de una amplia colección de estudios sobre las costumbres y los sucesos en ella descritos, realizados en su mayor parte en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Pero no solamente las *Cartas* tratan de Sevilla, a la que están dedicadas las nueve primeras, ya que las tres siguientes se refieren a los recuerdos del Madrid de Carlos IV, y la última, la 13ª, a la huida a Sevilla en junio de 1808, a través de Extremadura, que da una interesante visión de aquella región.

¿Y cómo era la Sevilla de Blanco? Las *Cartas de España* presentan una ciudad claramente estructurada en dos clases sociales, casi impenetrables: la hidalguía y las clases humildes, distinguidas más por los privilegios de sangre, todavía muy vivos, que por sus medios económicos. La clase privilegiada vive de sus rentas o del ejercicio de las profesiones liberales, en tanto que las clases humildes viven de los llamados trabajos serviles. A pesar de ello, Sevilla vive como una ciudad feliz, y a la gente le gusta andar por las calles, particularmente en el verano, ya que en el invierno, al haber pocas calles empedradas y carecer de alumbrado público, se hacía más penoso y peligroso este deambular.

Sevilla es sobre todo una ciudad muy religiosa. Se distinguía, sobre todo, por el elevado número de conventos y de personas dedicadas a la Iglesia y por la abrumadora influencia de la religión en todas las cosas. A causa de esta influencia, Sevilla es la ciudad española que vive más dramáticamente que ninguna otra el enfrentamiento entre el Antiguo Régimen y las nuevas ideas de los filósofos fran-

ceses que anuncian el nuevo régimen liberal. No quiere esto decir que no hubiera clérigos con otra muy diferente idea de la religión y del papel de la Iglesia. Las celebraciones o fiestas públicas de Sevilla eran, fundamentalmente, de carácter religioso.

Sevilla se convierte en ciudad romántica para Blanco, sobre todo, en su novela *Vargas*, donde se desarrolla la mayor parte de la acción. *Vargas* es una curiosa novela anticlerical, en cuya estructura se observan variadas influencias. La hay de Cervantes, empezando por la misma técnica de novelar: el autor no se presenta como autor, sino más bien como editor de las memorias de un Cide Hamete Benegeli, que en este caso es Cornelius Villiers, un Blanco subliminal. Hay influencias también de la novela gótica inglesa, pero sobre todo está escrita al estilo de la primera novela de Walter Scott, *Waverley*, en donde se mezcla historia con ficción.

Blanco la publicó anónima y jamás reconoció su autoría, tal vez por el extremo anticatolicismo de muchas de sus páginas, a veces excesivo. Se pueden reconstruir con facilidad las circunstancias de su composición. En 1819 se había publicado en Londres una de las varias versiones de la novela anticlerical de tipo epistolar *Cornelia Bororquia*, cuya historia se desarrolla en Valencia, Sevilla y dos lugares menores más.

Blanco coge lo sustancial del argumento y convierte la novela epistolar en una extensa y divertida novela de aventuras, que se desarrolla en varios lugares, pero sobre todo en Sevilla, y le da un final feliz, de acuerdo con su buen estado de ánimo en aquellos años, el mismo de *Letters from Spain*. Sevilla, Triana y el Guadalquivir son los escenarios de divertidas aventuras de corte absolutamente romántico, en las que intervienen el gitano Churrupample y su pandilla. Muchas de las escenas parecen tomadas de grabados antiguos de la época.

## *Blanco y la religión*

Blanco fue educado bajo un sistema religioso que se caracteriza precisamente por el supremo dominio de la ortodoxia, como es la Iglesia católica. Como él mismo dice, uno de sus primeros recuerdos infantiles fue el de la ejecución en el Quemadero de Sevilla de la última víctima de la Inquisición en su ciudad.

El hecho básico es que era un hombre sensible y receptivo a las ideas religiosas de una trascendencia, un hombre de temperamento religioso. Como datos históricos específicos, la influencia de su madre y posteriormente de sus amigos, que siempre tuvieron efecto en él, y el deseo de vivir una vida en contacto con la cultura, a lo que se oponía la vida comercial a la que lo destinaban y que por el contrario favorecía la carrera clerical. A esto hay que añadir el carácter estrictísimo de la educación recibida desde sus más tiernos años, y que en una persona sensible como Blanco siempre deja una huella imborrable.

La declaración de Blanco de querer ser sacerdote, a los doce años de edad, tiene un efecto inmediato, que es lo que pretendía. El carácter de Blanco era una curiosa mezcla del pragmatismo irlandés de su rama paterna y de la afectividad e imaginación de la materna. Aunque el pragmatismo no llegue al extremo de inclinarse por los negocios mercantiles, sí lo va a hacer enemigo de todo lo que no sea razonable, incluso en algo tan íntimamente ligado a la afectividad como es la religión.

Los dos primeros años de su sacerdocio fueron de intensa devoción y entrega a su ministerio, para alegría de su familia, y en 1801 consigue la plaza de Capellán Magistral de la Capilla Real de la Catedral de Sevilla, un puesto muy distinguido cuando sólo tiene 26 años. Pero inmediatamente después, en 1802, viene la crisis, que le lleva a perder la fe.

Dos son las causas de la crisis: la insatisfacción afectiva, que no es capaz de controlar el primer fervor sacerdotal ni las prácticas ascéticas de la Escuela de Cristo, y la influencia de Rousseau, que le hace desear una religión más de acuerdo con la naturaleza humana. Dos son los calificativos que pronto aplicará a la religión católica: fanatismo y superstición.

Fanatismo en cuanto no permite el libre uso de la racionalidad humana, ya que todo es prejuizado por unas creencias, que lo dominan todo. Superstición en cuanto que, paralelamente al culto oficial de la Iglesia, existen una serie de ceremonias, particularmente en el culto a los santos, favorecidas o permitidas por la institución, a las cuales se les da un carácter sobrenatural. Para Blanco, una religión fanática y supersticiosa es indigna de la racionalidad humana. Por esta razón empieza a mirar la Teología con un fuerte espíritu crítico y se encuentra con una dificultad que no es capaz de resolver.

Hasta 1812, es decir, dos años después de llegar a Inglaterra, Blanco no se aventura a entrar en ningún templo de aquel país, como dice expresamente en *Examination*. Pero el 4 de octubre de 1812 recibe la comunión según el rito de la Iglesia de Inglaterra. Dos años más tarde, el 19 de agosto de 1814, Blanco suscribe los Artículos anglicanos y revalida de esta manera su ordenación sacerdotal en la Iglesia de Inglaterra, aunque nunca llegará a solicitar ningún oficio eclesiástico.

¿Cómo llegó Blanco a dar estos pasos, pocos años después de la gravísima crisis religiosa que sufrió en España? La razón principal, aunque no la única, es evidentemente su deseo de hacerse totalmente inglés. Otra razón, no confesada explícitamente sin embargo, es el antipapismo de la Iglesia de Inglaterra. Blanco evidentemente se siente a gusto en una confesión religiosa que ataca lo que a él le hizo sufrir tanto.

### *Liberal y romántico*

Fue Vicente Lloréns quien en su conocido libro calificó a la primera generación liberal de España como liberal y romántica. Aunque Blanco ya estaba en Inglaterra cuando la mayor parte de ellos debatían en Cádiz la primera Constitución liberal española, e incluso desde las páginas de *El Español* promulgara unas ideas que fueron durísimamente contestadas por sus antiguos amigos, a veces por falta de oportunismo político en el mismo Blanco, a veces por el provincialismo que los intereses comerciales de Cádiz imponían a los diputados de las Cortes, con toda justicia fue incluido en esta generación.

Nuestros primeros liberales merecen con justicia estos dos apelativos porque fueron a la vez políticos y literatos. Políticamente no fueron hombres de partido, en el sentido moderno de la palabra, sino simplemente liberales, es decir, defensores de las nuevas libertades políticas nacidas en Francia. La historia de España en todo el siglo XIX, particularmente en su primer tercio, nos dice que el tránsito a la democracia no fue nada fácil en nuestro país. Esta primera generación lo sintió en sus carnes al tenerse que exiliar en Inglaterra o en Francia al final del llamado «trienio liberal».

Pero todos a la vez eran hombres de letras que encontraron en el romanticismo la mejor manera de expresar el cambio de la sociedad por el que trabajaron. La política y la literatura fueron para ellos dos tareas íntimamente unidas. Utilizando una expresión moderna, podemos decir que su literatura fue una literatura comprometida porque tiene un fin didáctico muy claro: formar a la opinión pública, que va a ser el puntal indispensable del nuevo régimen político.

Por esta razón, el género literario más usado por ellos es el periodismo y la revista, que yo entiendo son géneros más propiamente románticos que los tradicionalmente considera-

dos así, como la poesía, el drama, la novela o la narración breve.

La tertulia de Quintana en Madrid, en los años anteriores a la guerra de la Independencia, fue la primera agrupación de nuestros liberales. Es el lugar natural al que tenía que acudir Blanco cuando viene a Madrid, porque era donde podía encontrar a los que pensaban como él.

Había otra tertulia literaria en el Madrid de la época, la de Moratín, que gozaba con el nada despreciable apoyo explícito del Príncipe de la Paz, influencia que se notaba, sobre todo, en el control sobre la publicación de los libros.

Los sucesos del 2 de mayo de 1808 conmocionaron la vida de Madrid y Blanco escapó el 15 de junio, en cuanto se supo la noticia de la revolución de Sevilla del 26 de mayo. Al llegar a la ciudad se presentó ante el Presidente de la Junta Suprema de Sevilla, que le trató con deferencias, pero tuvo que sufrir los ataques del P. Gil, que lo acusó públicamente de adulator de Godoy. Otra acusación más sutil era la de ser afrancesado oculto e incluso la de agente secreto de los franceses. La buena estima y consideración de su padre y, en general, de su familia en la ciudad, junto al mismo hecho de su huida del Madrid ocupado por los franceses, consiguieron dominar la situación y pudo volver a su puesto en la Capilla Real.

A finales de año, llega a Sevilla la Junta Central, que se ha escapado de Madrid, y con ella vienen a Sevilla sus amigos de la tertulia de Quintana. Este había fundado en Madrid un periódico político semanal, con el título de *Semanario Patriótico*, que es el encargado, como órgano oficioso de la Junta, de difundir sus objetivos políticos y crear una opinión favorable a su política.

La segunda etapa comienza en Sevilla, y va a estar llena de incidentes, porque bajo los nuevos editores, particularmente bajo Blanco, el periódico se va a convertir en un periódico

de oposición al gobierno establecido. Los artículos políticos de Blanco, 14 en total, en los cuatro meses que dura el periódico, son una especie de *Catecismo* político, que tiene el objetivo específico de formar una opinión pública favorable a las nuevas ideas. En sus artículos Blanco no trata sólo de temas generales de política, sino de la situación específica de España.

Los últimos meses de 1809 llenan a Sevilla y a la Junta Central de angustia por el continuo e imparable avance del ejército de José Bonaparte. Antes de la entrada del rey francés, sus agentes entran en Sevilla tratando de ganar a los liberales para su causa. Lista es uno de los que se deciden, pero Blanco se niega y se escapa hacia Cádiz, desde donde el 23 de febrero sale para Inglaterra a empezar una nueva vida.

Ya en Londres, y tras varias consultas sobre cómo ganarse la vida, el consejo que recibe, y el que sigue, es la reanudación de su trabajo como periodista, con la publicación de un periódico mensual, al que da por título *El Español*, que es confesadamente una continuación del *Semanario Patriótico*, «aunque sin las ataduras» de aquél. El periódico, por muchos motivos, será simpatizante con las ideas británicas sobre el futuro de España.

Como hizo en el *Semanario* Blanco pretende crear opinión. Sus destinatarios originales son los españoles liberales; pero como dice Blanco, «hay otra España liberal», a la cual también se dirige. Es la España del Nuevo Mundo, a la que también había que ilustrar, porque si Cádiz llegaba a caer en poder de Bonaparte, el régimen liberal español podía subsistir en esta otra España.

Blanco, en fin, fue una figura admirable por muchas razones. No fue un hombre perfecto, se equivocó, cometió errores, pero supo rectificar y aprender al rectificar. Sus errores se debieron al eterno conflicto humano entre racionalidad y sentimiento. Fue un sincero buscador de Dios.